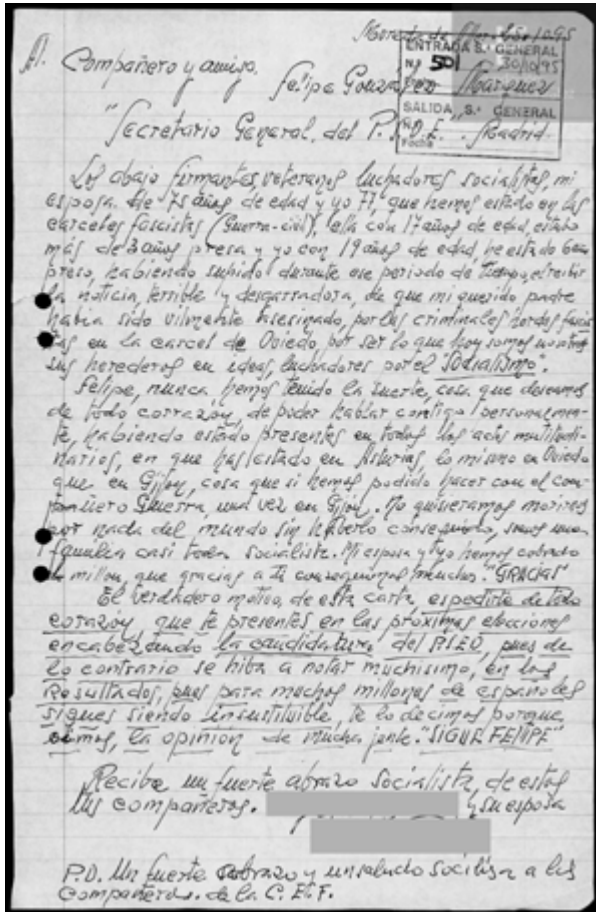


# Capítulo 3



Carta de un matrimonio a Felipe González pidiéndole que se presente como candidato del PSOE a las próximas elecciones generales y mostrándole su admiración y agradecimiento. Moreda (Aller, Asturias), 1995. Archivo Fundación Felipe González, signatura AFFG FFG004840.

Quando cruzamos el Mississippi

Por Javier Pérez Andújar

Lunes, 4 de marzo de 1996

Compañero Felipe, te llamo así porque ahora que dejas de ser presidente vuelves a ser sólo compañero, y porque a ciencia cierta tampoco encuentro otra manera de dirigirme a ti. Verás que recibes esta carta escrita no de mi puño y letra sino con máquina de escribir. Es mi hijo quien la escribe. A mí me da vergüenza, no de mi puño, sino de que no se me entienda la letra y me la dan más aún mis faltas de ortografía. Mi hijo ha ido a la universidad, aunque esto no quiere que te lo explique porque a él también le da vergüenza. Pero aún no me he presentado...

- No, borra eso, Javier.
- Pero si está muy bien.
- Por los pelos, ¡eh! El PP ha ganado las elecciones por los pelos. No se podrán quejar del país que les hemos dejado.
- Hombre, ¡si han ganado precisamente por eso mismo! Porque los que les han votado no están conformes con el país que hay.
- Sigue apuntando...

...Mi nombre es Salustiano Pérez Jiménez y tengo 63 años. Hace unos cuantos que me prejubilé. Fue en los días del escándalo de Filesa. Para

celebrar la prejubilación invité a almorzar a unos cuantos compañeros de la fábrica en el bar de un pabellón polideportivo que hicimos en el barrio. En los ayuntamientos se peleó mucho. Y más en las calles. El cubo y la cola de empapelar los muros, dinosaurios de ladrillo rojo con cresta de cristales rotos, empalmar en las campañas las noches sin dormir con la entrada en la fábrica, ganar el ayuntamiento de tu ciudad para el socialismo. El partido y el sindicato como las empuñaduras de unas tenazas. Con ellas íbamos a morder el cobre de las instituciones. Algunos de los compañeros que vinieron al almuerzo de mi prejubilación también eran, como yo, delegados sindicales de la UGT. Compañeros. Hicimos bien en montar la huelga general. No me arrepiento. Lo sentí por ti, pero un trabajador es sólo un trabajador. Su única razón es el trabajo. Teníamos que parar el país antes de desaparecer del todo. Teníamos que dejar un recuerdo de que habíamos existido. Tú pasarás a la historia por ti mismo. Nosotros únicamente podíamos pasar en multitud, igual que hemos trabajado, como hemos vivido. En multitud te pusimos en el 82, y nunca te íbamos a quitar, bien lo sabes. Eras de los nuestros, aunque lo nuestro se había hecho polvo. Pero sí que podíamos enseñar al mundo por última vez los trozos de ese desastre. Sentirnos orgullosos por sólo un día, pero un día entero, las veinticuatro horas seguidas...

—No me arrepiento lo dice esa canción que pone tu hermana, ¿verdad?

—Se titula *Cómo pudiste hacerme esto a mí*.

—¿La canción? Pues bórralo también. Bah, no, déjalo. Sigue..., no, espera...

Mi padre se fue del comedor y me quedé con la máquina verde, hierro y plástico, encima de la mesa. Un cristal protegía la madera de aquella mesa y pusimos encima el hule para no rayarlo. Pero sólo hasta media mesa. En la otra mitad, un tapete de ganchillo y sobre éste un centro con unas flores, tarjetas, arandelas y pequeñas cosas que se iban quedando allí. El repiqueteo de las letras contra el folio como gotas de lluvia cayendo en una planta era un ruido obsoleto que había resucitado esa noche. Porque ya nadie escribía a máquina. Esperé con mi madre, que ovillaba una madeja de lana en el respaldo de la silla mientras veía a Pepe Navarro. Sentarse

únicamente para mirar la televisión sin hacer ninguna otra cosa le parecía demasiada ociosidad, un lujo al que aún no estaba dispuesta a rebajarse. Eso llegaría con el cansancio. Entonces, a mediados de los noventa, la gente veía *Esta noche cruzamos el Mississippi* en las noches de Tele 5. «Es que te tienes que reír». La televisión basura, los contratos basura, se le llamaba basura a lo que hoy es normal y corriente. Las cadenas privadas aún mantenían su exotismo, pero a la hora de la verdad, es decir, a la hora de las noticias, mi familia volvía al primer canal. Televisión Española. El parte. Hacía veinte años que el propio sistema liquidó la dictadura, y aun así persistía entre nosotros la convicción de que uno sólo podíamos fiarnos del Estado. El socialismo de los pobres aspiraba a eso de una manera democrática. Volvió mi padre con la carpeta de cartón que se cerraba con gomas por las esquinas. Guardaba ahí sus papeles. Los recibos, los carnés del PSC y los carnés más viejos del PSC-PSOE, y de la UGT, y cartas y circulares.

Pero son otras las copias de las cartas que ahora tengo junto al ordenador. Pantalla plana, teclas blancas, un cacharro tan real e increíble como en una película de Kubrick. Parte de esta correspondencia que repaso (bajo contrato de confidencialidad), y que pertenece a la Fundación, fue escrita un poco antes de perder Felipe González las elecciones y la presidencia de Gobierno en 1996. Pero muchas son cartas de aliento que le mandaron meses antes, cuando amagó con no presentarse. Era su truco preferido. No sé si ya se intuía que sí, que iban a ser las últimas votaciones a las que concurría Felipe.

Por ejemplo, esta carta de un matrimonio de ancianos de la cuenca minera de Asturias. El carbón, la hulla. «Los abajo firmantes, veteranos luchadores, socialistas». Pero aquí seré reservado con los nombres en atención a la protección de datos. Ella se llama como muchas mujeres se siguen llamando en todo el mundo y explica que tiene 75 años, y él tiene 77 y lleva el nombre de una figura que luchó contra un patriarca. Ella, con tres años de cárcel a su espalda, condenada a los 17, y él con seis, a los 19, después de perder la guerra. Para mucha gente, viejos, pero también jóvenes, ganar las elecciones del 82 significó ganar por fin todo lo que

habían perdido. La palabra ganar estaba allí cargada de historia. Durante años, ganar o perder democráticamente unas elecciones ha removido los fantasmas de haber ganado o perdido una guerra para siempre. A veces aún se insinúa así, pero creo que ahora ocurre aviesamente, jugando sucio con sentimientos arcanos. «Hemos estado en las cárceles fascistas», dice esta carta. A la vez que él cumplía condena, su padre era asesinado en la cárcel de Oviedo. También era socialista. «Luchadores socialistas». Luchadores. Recuerdo cómo la palabra «luchar» fue desapareciendo del vocabulario, de la militancia, de la vida ordinaria, cómo dejó de decirse. «Felipe, nunca hemos tenido la suerte, cosa que deseamos de todo corazón, de poder hablar contigo personalmente, habiendo estado presentes en todos los actos multitudinarios, en que has estado en Asturias». Estas cartas de los viejos luchadores, de caligrafía frágil y esmerada, están llenas de biografía. Quienes las escriben son la historia en persona, pero una historia sin símbolo (también los símbolos son los de las clases dominantes), y por eso anhelan saludar, abrazar a la persona que encarna y simboliza históricamente lo que ha significado tanta lucha, tantas vidas. Aquel matrimonio de ancianos iba en busca de Felipe González siguiéndole por los mítines de Asturias lo mismo que un niño perdido deambula por la calle en busca de sus padres. De lo que le han quitado. Ya cada vez quedan menos como ellos, se nos van, pero España ha sido un país de gente abandonada por la historia, o más bien secuestrada por una historia que no era la suya, y que cuando pudo salir al reencontro de sí misma no tenía a dónde ir o ya era demasiado tarde.

—Me ha dado la mano —nos dijo mi padre a mi madre y a mí una noche que volvió de un mitin de la Monumental en Barcelona, y guardó su chaqueta en el armario comprendiendo que era la chaqueta con la que había saludado a Felipe González. Entonces corría junio del 77 y esta historia sólo andaba por el prólogo. Habitualmente, los prólogos de los libros se escriben lo último, cuando ya está todo dicho. En aquellos días la gente sabía que vivía en el prólogo de algo que aún estaba sin escribirse. Se dio por acabado el Antiguo Testamento, el viejo testamento antifranquista, un libro, el de la clandestinidad, al que ya no valía la pena volver. Poco me contaría mi padre de esa parte. Que una vez que entró la policía en la fábrica estuvo a

punto de tirarse al vacío y también la vez que tuvo que esfumarse una temporada de Barcelona. ¿Cómo el socialismo se convirtió en casa en una palabra fetiche? No lo sé. Era un eco que llegaba de muy lejos. Un día mi madre abrió una caja roja y se dio cuenta de que los carnés que guardaba de su padre (murió marginado y enfermo recién acabada la guerra), eran del PSOE de Granada. Ella pensaba que había sido comunista como nuestro entorno de aquellos días. La vida cotidiana. Las gorras del PSUC. Pero mi madre adoraba a su padre, o el recuerdo de su padre, pues lo perdió a los 4 años, y buscándole a él se buscaba a sí misma. Yo creo que una vez la vi verlo, reconocerlo en otros, en sus semejantes. Fue la noche en que llegaron a la estación de Sants los viejos combatientes de las Brigadas Internacionales para celebrar el 60 aniversario de su creación. Lo descubrí en el brillo de sus ojos, en cómo miraba a aquellos viejos salidos de algo más lejano que el olvido. La República se parece a quienes la defendieron en que ambos murieron jóvenes. Ahora comprendo que en mi casa se hablaba de la República no como de una época histórica o de un régimen político, sino como si fuera alguien de nuestra familia. De nuestra sangre.

El socialismo familiar de esas cartas, la idea que va pasando de viejos a jóvenes dentro de cada casa, esa revelación sagrada que convertimos en ideología..., todo aquello aparecía impregnado de un atavismo, un agujero negro, al que la gente llamaba la guerra civil. En la agrupación local de los socialistas de Sant Adrià de Besòs —una casa vieja (era en la primera época) junto a la autopista gigante—, escuché historias de muchos militantes que habían estado en la guerra. Los que eran más jóvenes, como mi padre, los trataban con admiración. A los que lucharon no les gustaba hablar de eso, pero a veces se les escapaba alguna cosa, y esa cosa, esa hebra, se iba ovillando como mi madre liaba la lana, alrededor de la palabra socialismo, dejándola envuelta en una leyenda personal e imperecedera. Enfrente de la agrupación de Sant Adrià, la CNT había abierto su local. Separaba a ambas una estrecha calle de adoquines por donde pasaban los camiones cargados con las vigas al rojo que salían de la fundición, y yo me ponía con mi padre a la puerta del partido y con su cigarro humeando perpetuamente

en la mano, como las nieves perpetuas de Sierra Nevada (que una vez visitamos), señalaba hacia delante, a los anarcos, y me decía: «Anda, vete con esos que son los buenos».

Felipe González tiene 53 años el 3 de marzo de 1996, el día en que el PSOE pierde las elecciones generales tras 13 años y medio de ser el partido del Gobierno. Y dentro de dos días, cumplirá 54. Entonces yo veía a Felipe González como una figura de la historia, no demasiado real, y ahora tengo esa misma edad. Pero prefiero escribir que pensar.

—Creo que no podré venir a comer el día de tu cumpleaños, pero vendré a la noche —le he dicho a mi madre—. Tengo que ir a Madrid para ver a Felipe González, para participar en un libro. Al principio era el día 5, pero resulta que es su cumpleaños y lo pasaron al 6, que es el tuyo. Iré y volveré en el mismo día y estaré aquí para felicitarte. No te voy a fallar.

Mi madre me mira fascinada, no por mí sino por el nombre que he dicho. Hace años que se quedó viuda y vive sola. Va a cumplir 84. A veces salen de los cajones mecheros con el puño y la rosa que escupen su chispa sin gas, globos rojos que se han quedado sin hinchar, bolígrafos a los que les cuesta arrancar a escribir, material de viejas campañas electorales. «Mira lo que he encontrado», me dice entonces.

—Yo también haría lo mismo. Claro que tienes que ir a ver a Felipe González. Con lo que tu padre ha peleado por él —sigue mi madre.

«No quisiéramos morirnos por nada del mundo sin haberlo conseguido, somos una familia socialista», es lo que le ha dicho a González en su carta el matrimonio asturiano, y así subrayan la ilusión que les haría saludarle. La carta termina subrayando físicamente, palabra por palabra, el motivo de la presente. Apenas hay dos faltas de ortografía, un «hiba» y una «jente». Bueno, y algún acento.

En las cartas que consulto pertenecientes al final de su última legislatura abundan los abrazos y las palabras de ánimo, pero

también los reproches. Un joven de Murcia le recuerda a Felipe González que una vez pasó por su confitería en busca de bocadillos en plena campaña, y le pidió un cigarro a su padre, pero que de aquello ya habían transcurrido 16 años, y ahora él le manda un abrazo también para animarle, tal como entonces hizo su padre «Compañero Felipe [...] necesito desahogar unos sentimientos que me comen por dentro», así ha empezado su carta. La historia que narra es muy larga y condensa toda su vida. Toda una vida es lo que nos come por dentro. Quizá se pudiera escribir una historia privada del socialismo a través de toda esta correspondencia. Hoy fumar está prohibido en la mayoría de los sitios, y ha quedado bien claro que fomenta un negocio acaso inmoral pues se hace a costa de la salud y de la vida de la gente y se saca ventaja de la adicción. Sin embargo, releo esta carta, el momento de pedir un cigarro, y recuerdo la famosa fotografía de inicios de la Transición, en la Moncloa, donde González le da fuego a Suárez con su mechero mientras ambos tienen en la boca sus pitillos. Pedir un cigarro, dar un cigarro, es una manera de forjar una leyenda.

Un militante madrileño alude en su carta a la corrupción y a los escándalos que van cercando al socialismo en el poder, cada vez más. «Stalin o Fidel los habrían fusilado, Anguita los expulsaría del partido» y en resumen viene a concluir algo así como: yo creo que por los menos tú debieras crear una comisión interna. Es muy difícil decir lo que se piensa y que parezca que uno habla en serio. Otros se dirigen a González para comunicarle personalmente que se han dado de baja del partido. O que consideran la posibilidad de hacerlo. Así lo escribe un viejo afiliado de Córdoba: «Soy un militante de 72 años y desde antes de nuestra guerra civil [...] cuando era un niño creía que este mundo no debiera ser así [...] hoy nuestro partido no se parece en nada al que fundó nuestro Pablo Iglesias [...] que en sus siglas lleva la O cuya letra parece que se está cayendo [...] hasta el extremo de que estoy pensando darme de baja del miso [sic.], y lo siento, lo siento de verdad [...]». Y un militante alicantino, que se presenta como «un jubilado analfabeto», pregunta en su carta de una hoja por una sola cara: «¿Como ampodido [sic.] ustedes cambiar tanto?». Después del desencanto vino el desgaste. Esta era la manera en que proseguía dentro del partido socialista la historia

de la transición. No era la misma la militancia del 82 que la del 96. No era la misma la gente que vino de ganar los ayuntamientos con rodillos y escaleras de mano, aupados por sus familias y vecinos y compañeros del trabajo, alentados por el recuerdo oral y vivo de los viejos de la guerra, de la cárcel, de la cicatriz por dentro, que quienes empezaron a hacerse con todo desde dentro. Son otros adentros. A la vez que para unos González era «compañero presidente», otros se dirigían a él como «respetado secretario general», pero en las dos fórmulas se ve a gente que sustenta su militancia en algo muy profundo: el compañerismo. «Respetado secretario general. Difícil tarea es tomar decisiones», así empieza la carta que le envía un activo socialista desde su ciudad, un centro histórico de Castilla – La Mancha. Y continúa: «Yo la tomé y decidí no presentarme a la Alcaldía tras 12 años». Pero este militante de base quiere hacerle ver al presidente de Gobierno que no están en el mismo caso, que no tienen la misma responsabilidad y le pide que no obre como él y que vuelva a presentarse: «eres símbolo y garantía exponente de un cambio notorio».

Mi padre repasa sus papeles con la carpeta abierta de par en par. Busca un dato, algo preciso que dé realidad a lo que sólo son sus pensamientos y un sentir impreciso y profundo. La dialéctica materialista consiste en decir lo que uno quiere sin traicionar la realidad.

- Le llamo compañero, es lo que somos –me dice mi padre.
- El poder no tiene compañeros.
- Pero el socialismo sí.

Y sigue dictándome una carta que nunca va a dictarme sino que fui entreviendo en sus gestos, en los hábitos que abandonaba, en los amigos que dejaban de aparecer en sus conversaciones y en nuestra casa. A mi madre le contaba más, de mí no se fiaba, no porque me hubiera ido con los buenos, como me aconsejó debajo de la autopista, sino porque sabía que lo que comprendí entonces fue que esté donde esté siempre acabaré en la acera de enfrente. Pero su historia también figura explicada en las cartas que atesora el archivo de la Fundación. Cada cual lo cuenta a su manera, cada cual desde su ciudad y su vivencia. Puede parecer inútil mandarle una

carta a una personalidad sabiendo, con tantas como recibe, que no hay demasiadas probabilidades de que acabe teniendo un rato para leerla. Pero luego resulta que se escribe para la vida en general más que para alguien en concreto, que se escribe para la historia y que estas cartas quedan documentando, mostrando una verdad que un día conmovió a alguien que también existió.

Al final volví a Sant Adrià, a Barcelona, a tiempo, a una hora admisible de la noche para felicitar a mi madre en su cumpleaños. Le regalé un libro, y un disco de copla de Estrella Morente, y un póster con gente celebrando en Madrid la proclamación de la II República y una foto junto a Felipe González que pedí que me hicieran con mi móvil. Mi madre estaba encantada. Estamos hechos de sueños y mitología, y el materialismo sirve para hacer posible lo que soñamos.